

Marina Díaz Velázquez (1935-2015)

Los ojos de mi amiga

► Tenía un don como dibujante, amó la pintura y destacó por su sentido de la amistad

en complacerme llenando los márgenes de mis libros de texto con sus originales trazos.

No puedo explicar qué sentimiento nos unió siendo tan pequeñas pero mi amiga Marina fue ya mi amiga del alma para siempre. Nunca supe porque se fue tan pronto del colegio, ni por qué la privaron de cursar la carrera de Bellas Artes, lo que no le impidió dejar una obra de arte sensible, inmensa y bella como su autora. Nuestra amistad continuó a través del tiempo aunque nuestras vidas tomaran distintos derroteros. Para mí siempre fue mi amiga Marina: en la adolescencia, en la juventud, en los primeros años de matrimonio... y se afianzó en los trágicos momentos que cambiaron su existencia, en el periodo de adaptación en el que maduró tan dignamente, en sus posteriores años felices con Juan, creo que los mejores de su vida, y en su largo, lento y duro deterioro físico.

NOS conocíamos desde niñas en el colegio. No recuerdo si en parvulitas o en aquel curso de ingreso en Bachillerato que cursábamos a los diez años. Siempre me sentí cercana a ella y debió ser algo mutuo porque nos buscábamos sin proponérmolo. Las dos éramos algo tímidas, flacas y larguiruchas pero ella tenía un don: el dibujo. Siempre me deslumbraron su forma de dibujar y sus ojos. Unos ojos negros, serenos y profundos que revelaban la bondad y serenidad que transmitía toda su persona. Desde siempre. Pronto descubrí su sentido del humor y su generosidad



ABC

Y siempre me siguió deslumbrando de ella lo que me atrajo en mi niñez: su amor por la pintura, su humor inagotable y original y la serenidad y profundidad de sus ojos. Con esa serenidad que siempre le acompañó y con ese sentido del humor al que nunca renunció, encaró su dura época final. La última vez que la vi en el hospital y estuve un rato a su lado mirando sus ojos, lejanos, vacíos, supe lo que era la muerte. Pero fueron esos ojos tan distintos a los suyos expresivos que, inmóviles, no se apartaban de los míos, los que me hicieron comprender que aunque la vida suele castigar a los elegidos, ellos tienen la fuerza suficiente como para saber vencer cualquier adversidad. Y estuve segura de una cosa: que los ojos de mi amiga Marina recobrarían la alegría con la que yo los había conocido.

ENRIQUETA VILA VILAR